

## ¿SABÍAS TÚ MI NOMBRE?

Como poco, maligna. Pero normalmente las acusaciones que, todavía en estos días, recaen sobre mí son mucho graves e injuriosas. Perversa, insaciable, codiciosa, infame.

¿Qué sabrán ellos, que no estuvieron allí en aquel entonces? Y los que estuvieron, son ya menos que polvo en estas tierras o poco más que memoria tenue allá donde se pone el sol, hacia donde camina siempre tu raza, los Hombres. Sólo quedan los restos, tergiversados por el paso de las Edades, de sus palabras malinterpretadas, de sus historias interesadas. Sólo los vencedores dejaron sus testimonios y los contaron a su manera, tratando de ser más grandes, más justos, más nobles. Debían sentir que necesitaban endulzar lo ocurrido, algo que debería resultar sospechoso a las miradas inquisitivas de gente cabal en busca de certezas. ¿Eres tú un buscador de la verdad, Hombre?

Por eso agradezco momentos como éste, visitas inesperadas que me sacan por unos instantes de mi prolongado letargo aquí abajo, en un escondite tan recóndito y seguro como indigno de alguien como yo. De tanto en tanto, una persona llega hasta este lugar buscando algo valioso que robar a la Vieja Tierra y, en su lugar, en lo más profundo de sus entrañas, encuentra algo mucho más sublime. Sé que mi visión os resulta majestuosa a los Hombres pero debes saber que, por esplendorosa que te parezca ahora, por deslumbrante que llegue a resultar mi maravillosa presencia, no soy siquiera la sombra del reflejo de un hálito del recuerdo fugaz de lo que una vez fui, hace ya tiempo inmemorial. Tanto tiempo...

Tanto que hasta he olvidado mi origen, Hombre. Muchos llegaron a relacionarme con los que descendieron desde el Maestro, pero nunca hubo música en mí, ni tampoco deseo de servir o de dar forma. No, ese no pudo ser mi camino. Yo debo venir de más allá, desde el otro lado de todo, de lo que había incluso antes del Padre, de la oscuridad, de la nada hambrienta de no seguir siendo nada pero maldecida con la sentencia de jamás poder lograrlo. Hambre. Deseo de consumir la luz y sus manifestaciones, mi dolor, mi ansia, mi alimento, mi némesis.

¿Entonces, algo de lo que pasó fue culpa mía? Si es mi propia naturaleza, inalterable y no elegida, la que marca mi camino, ¿qué se me puede recriminar o qué censuras caben? Otros sí, otros decidieron, otros tuvieron la opción de hacer cosas diferentes a las que finalmente se atrevieron a realizar, casi siempre empujados por la mezquindad de sus corazones o incitados por ridículos anhelos muy por encima de lo que merecían y debían tener. Pero a mí nada se me puede reclamar pues no tuve alternativa.

¿Entiendes lo que te digo, Hombre? Espero no abrumarte con mis palabras, pero hacía tiempo que no tenía a quién dirigirlas y son muchas las acumuladas. ¿Estás cómodo?

Comodidad. Una sensación que casi siempre me fue esquiva. A diferencia de los demás, yo nunca pude caminar con libertad por el mundo porque la luz de los dos malditos Árboles me hería, así que tuve que buscar un lugar donde la acogedora penumbra me protegiese del dolor. Bajo El Que Vigila El Sur, en una zona abrupta y solitaria, encontré refugio contra el dañino fulgor de las Lámparas a la sombra del Cerco de las Cimas Que Defienden. Allí, en Las Sombras, conocí a Negro Corazón cuando aparentaba estar en paz con sus hermanos pero, en realidad, corrompía a todos los que lograba manipular mientras trataba de reunir a otros descontentos y construía su Infierno en las Montañas de Hierro. No perdonó jamás su encadenamiento y sólo simuló estar arrepentido para gozar de una innmerecida clemencia que le permitiese estar libre y planear con cuidado su terrible venganza.

Jamás le serví. ¿Cómo podría servir al que era inferior a mí? Jamás fuimos aliados. ¿Cómo podría el león ser aliado del chacal? ¿De su séquito? Cuántas insensateces. Dicen que me convenció. Qué ignorantes. Fui yo misma quién terminó haciéndole creer que la idea de destruir la pareja de Árboles había sido suya y que, a cambio de todo aquello que mi inagotable deseo nombrara, le ayudaría a lograrlo. Su odio irracional contra sus hermanos y su banal deseo de supremacía, ajeno a todo sentido común, le hacían fácil de usar en mi favor. Pobre tonto. La destrucción de las fuentes de luz no sería más que un golpe de efecto para su causa, mientras que para mí lo era todo, el bálsamo para el dolor, el alimento para mi apetencia insaciable, la salida a mi vida en reclusión.

Como me necesitaba, resultó todavía más sencillo. No podía acercarse a su objetivo en el Reino Bendecido sin ser visto desde cualquier punto de las Alturas Defensivas, por lo que el don oscuro de mi seda le resultaba vital para ser invisible a cualquier mirada. Fue tan simple que casi me avergonzó, como engañar a un niño, pero es que Inmensa Muerte no era más que un niño, uno tonto y egoísta. Sellamos el pacto. Acabaríamos con la Primavera, pero para mi beneficio.

Espero no estar aburriéndote con mi relato, Hombre. Pero qué estoy diciendo. Debes estar extasiado con la narración de la verdad que nunca te dieron a conocer. No me lo agradezcas. Es lo mínimo que puedo hacer por ti en esta situación.

Así, ante los mismísimos rostros ciegos de los Sagrados, entramos en el corazón de su reino sin poder ser vistos y nos presentamos ante Cielo Azul y Alto Oro. La lanza del Mentiroso abrió el camino hasta su savia, sobre la que me arrojé con gula y bebí. Bebí. Bebí. Seguí bebiendo. Oh, qué placer. Todavía me estremezco al recordarlo. Bebí hasta que los malditos Árboles se secaron para siempre, alimentándome con deleite de la dañina luz y después bebí también de otras fuentes de la Elevada. No podía detenerme porque su sabor era tan delicioso como la sensación de terminar con su amenaza. Cuánto bebí ese día, qué banquete tan succulento.

Si ya era poderosa antes, ahora lo era más. Podía haberme quedado allí y haber impuesto mi voluntad sin que nada ni nadie pudiera impedirlo. Pero quería explorar, quería conocer, quería moverme porque ya era libre de hacerlo sin que la maldita luz

me hiriese. Fue por eso que decidí acompañar al asustado Enemigo, temeroso de la ira de los suyos, que temblando como una hoja zarandeada por la brisa deseaba alejarse lo máximo posible y cuanto antes. Así que caminamos.

Caminar. Algo que hace mucho tiempo que no hago. Reposo aquí mi viejo cuerpo consumido y no me desplazo. Ahora, Hombre, tú tampoco puedes. Seguro que entiendes lo frustrante que resulta.

Y atravesamos el Hielo Crujiente que nadie había cruzado nunca, llegando a La Tierra Del Medio, todo un nuevo mundo que descubrir y recorrer. Pero, primero, el Liberador tenía que cumplir su parte del acuerdo. Debía darme aquello que reclamase mi deseo inagotable, tal y como pactamos. Para empezar, le pedí los tesoros que había robado en la Fortaleza Del Norte durante nuestro viaje, donde mató al Espíritu de Fuego, el rey supremo los Sabios. El niño cobarde no pudo negarse y la luz que contenían también fue devorada. Pero no me entregó todo su botín. Guardaba para él Las Joyas De La Luz De Los Árboles, sufriendo lo indecible por mantenerlas en su poder, estúpidamente tozudo. Yo podía consumirlas también y eliminar todavía más luz. Nadie sufriría por su culpa nunca más. Pero no, el niño tonto tuvo que resistirse, tuvo que incumplir su parte del trato. Idiota.

Resistirse a mí es inútil. Tú lo sabes, ¿verdad, Hombre?

El muy bobo lo averiguó enseguida, de forma rápida y dolorosa. El terrible calvario que sentía por apretar en su puño aquello que debía entregarme fue una mera molestia comparado con lo que le hice sufrir mediante mi ataque. Gritó como el niño que era, tanto por el suplicio que le causó mi tela como por, sospecho, descubrirse indefenso frente a mí y a un paso de mis acogedoras fauces. El chillido del cobarde llegó a dar nombre a esas tierras y atrajo a varias de sus gregarias criaturas desde la Prisión de Hierro. Cuentan que el ataque de los Demonios de Poder me puso en fuga. ¿Quién puede creer una tontería semejante?

¿Tú tampoco creíste en ningún momento que saldrías de aquí, no es cierto?

¿Cómo puede alguien pensar que el niño y sus cachorritos tenían la menor oportunidad de vencerme? Ilusos. El tigre no retrocede ante una manada de perros. No, eso no fue lo que ocurrió. Pero sé que a muchos les gusta contarlos de esa manera porque les da tranquilidad. Mi sino siempre fue dudoso y prefirieron pensar que alguien pudo derrotarme, para narrarlo de esa forma y traer sosiego a los pocos que pudieran hacerse preguntas sobre mi destino final y si, de alguna forma, yo podría seguir por ahí, en algún lado. Si el Opressor, que finalmente fue abatido a su vez, pudo triunfar sobre mí nadie debería estar preocupado si yo resurgía en algún momento. Deseaban engañarse buscando el calor de las mentiras que siempre traen sosiego. Pero les entiendo, porque son tan cálidas...

Pero eso no fue lo que ocurrió. Lo que sucedió fue que, por un instante, controlé el hambre infinita que me poseía y pude pensar con claridad durante ese tenso

instante. Obviamente, los Sagrados buscarían venganza por lo sucedido con sus Árboles, igual que los Sabios por la muerte de su rey. Si eliminaba al necio podría comer el exquisito fulgor de esas joyas, sí, pero yo quedaría como el único objetivo de la rabia de Sagrados y Sabios, que me rastrearían sin descanso hasta encontrarme. Seguro que podría derrotarlos con facilidad, pero ¿para qué tomar riesgos innecesarios? La dañina luz que antes lo dominaba todo ya no estaba y yo podía moverme con libertad. Sus aburridos feudos y riñas de chiquillos no eran cosa mía. ¿Para qué envolverme en conflictos que no eran de mi interés?

Así que me sobrepuse a mi ansia y le dejé ir. No fueron los látigos de sus mascotas, claro que no, sino mi propia voluntad. Bestia irracional, me han llamado. Qué tontos.

Tuve razón. El niño caprichoso fue perseguido y, tras mucho tiempo de guerras, finalmente fue derrotado. Mientras, yo me movía libre. Sin llamar la atención, cierto, pero libre para vagar por fin. Tiempo después crearon el Sol y su hermana nocturna, pero el primero resultaba fácil de evitar y la segunda casi era una compañera en mi soledad. Casi, pero es que nunca ha habido nadie como yo, nadie a quien me pudiese sentir cercana. Bajo la blanca mirada de la Luna, caminé y terminé residiendo en las Tierras Anchas, escondida. Descubrí que el Mentiroso había estado jugando y, en su admiración, había creado imágenes tan diminutas como deformadas de mí misma, arañas que se movían fuera de su Infierno y deambulaban hasta aquí. Eran graciosas. Y deliciosas también. Llegué a escuchar que eran mis hijas. Qué tonterías han llegado a inventar.

He llegado a escuchar que... ¿Por cierto, me escuchas todavía, Hombre? Diría que no.

¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, he llegado a escuchar que no salí nunca de mi área porque temía la reacción de los que dominaban los alrededores, como el Bosque de las Hayas. Bobadas. No necesité moverme porque estaba feliz allí, con alimento suficiente y sin que nadie me molestase, lo que siempre anhelé. Cuando expulsaron al niño tonto por última vez, las joyas volvieron a brillar pero con mucha menos fuerza y ni siquiera me importó. Sí que fue algo molesto el cataclismo que causó su derrota, que destruyó mi entorno y cambió los mapas para siempre, pero simplemente me desplacé a otro lugar, hasta aquí, donde he estado por tanto tiempo que ni recuerdo. Algunos dicen que me devoré a mí misma, loca de hambre. Qué estupidez. Pero prefieren pensar que ya no existo, por supuesto.

¿Ves, Hombre? No soy culpable de nada ni una figura diabólica. En absoluto. Soy lo que soy, fruto de mi naturaleza... Sí, esa naturaleza que me impulsó a capturarte para consumirte poco a poco. Te pido disculpas por esa falta de cortesía con un visitante que ha llegado a este lugar tan profundo y apartado, pero debes recordar que no es mi deseo, que simplemente no tengo opción. Soy así. Encuentra consuelo, Hombre, en que tu vida alargará mi existencia. No necesito mucho ahora que mi majestad ya no es tan imponente y que apenas me muevo. Servirás para prolongar mi

letargo hasta que mis sentidos me avisen de que tengo un nuevo invitado, al que también le contaré mi historia, igual que a ti. No sé si será la misma que acabo de contar, porque el pasado es todo lo que me queda y me gusta recordarlo a mi manera. Me reconforta. Pero lo que cuento siempre es cierto, no tengas la menor duda, por muy diferente que sea cada vez.

En confianza, Hombre, debo confesar que por más que trato de vestir mi soledad con todos esos recuerdos creo que, en realidad, la desnudan y la hacen más profunda. Pero sospecho que también es cosa de mi naturaleza.

Tal vez al próximo visitante le dé más tiempo para que disfrute mi gloriosa compañía. Quizá sea uno de mis adoradores, miembro de un culto que, en mis sueños, existe y me honra recordando mi grandeza mediante su adoración. Puede que incluso conozca mi nombre y pueda oírlo una vez más. Hace tanto tiempo que lo escuché por última vez...

Aunque ahora me pregunto... ¿Sabías tú mi nombre? Olvidé hacerte la consulta, pero es que tenía demasiada hambre.